

Las infames

Patricia Cerda

Año 1718

Una mujer descalza cruza un puente sobre el río Mapocho. En su mano derecha porta un canasto de mimbre. Cubre su rostro con un rebozo de lana que solo deja ver sus ojos brillantes. Los tablones de madera del puente crujen bajo sus pies. Es una noche sin luna. No hay reflejos en el agua. Más allá, la otra orilla se ve brumosa. A lo lejos, en una calle se divisan las tenues luces de velones de sebo. Llega a la ribera en el momento en que las campanas de una iglesia comienzan a dar las completas; las nueve de la noche, hora en que los habitantes de Santiago del Nuevo Extremo se retiran a dormir. Apura el paso. A ratos corre.

Dobla en una esquina y divisa los dos bloques de granito que forman el cerro Huelén. Respira aliviada. No hay nadie en la calle. Camina deliberadamente más despacio. Mira su canasto y siente ansiedad. Más adelante la asaltan ganas de llorar. Apura el tranco. Ha recorrido ese trayecto dos veces y se ha arrepentido en el último minuto. Pero esta vez no. Esta vez llegará hasta el final. No regresará con el canasto a su rancho. La niña cumple tres meses de vida ese día. Es ahora o nunca.

Dos hombres vestidos con ponchos raídos y ojotas salen de una choza y caminan en su dirección. Uno se tambalea, el otro lo sujeta abrazándolo. Cuando pasan por su lado los escucha murmurar algo. Baja la cabeza. Más adelante

se persigna junto a una ermita donde una mujer vestida de negro prende velas. Siente que su dolor se confunde con la tristeza general de la ciudad. La última cuadra la camina derecha y decidida.

Es ahora o nunca, repite para sí.

Respira con alivio cuando ve el portón de la Casa de Recogidas cerrado. Mira en todas direcciones. No hay nadie. Deja la cesta en el suelo, hace sonar el fierro de la puerta y vuelve corriendo al puente.

Serena

Las intuiciones son para mí lo que para los navegantes antiguos eran las estrellas. Ellas me trajeron a este pueblo de Navarra. Volé de Santiago a Madrid y allí tomé la conexión a San Sebastián o Donostia —como la llaman aquí— en el avión más pequeño que he abordado en mi vida. La última parte del trayecto la hice en un auto blanco que arrendé en el mismo aeropuerto, guiándome por el navegador de mi celular. La carretera es moderna. Va entre montes con distintos tonos de verde. El río Bidasoa corre paralelo casi todo el viaje. A ratos me topaba con él. Leí en alguna parte que está lleno de salmones.

Los letreros azules indicando los pueblos o ciudades por los que pasaba me evocaban apellidos de familias tradicionales chilenas: Oyarzu, Erratzu, Yrisarri. El último trecho me llevó por un camino entre bosques. No recuerdo si me topé con algún vehículo en esta parte. Creo que no. Había arrendado por un mes una habitación en el hotel Palacio de Yrisarri, en el pueblo del mismo nombre. Me costó encontrar el cruce que da al hotel. Pasé dos veces de largo sin reconocer dónde debía doblar hacia la izquierda.

El Palacio es un edificio blanco y cuadrado de varios pisos. Tiene ese aire imponente que otorgan el tiempo y la tradición. Junto a la entrada hay una placa en que se lee que sus antiguos dueños partieron al Reino de Chile en el

siglo XVIII. Sobre el portón de madera oscura y maciza, un blasón da cuenta de la hidalguía de aquellos propietarios. Hidalgo quiere decir “hijo de alguien”; una persona con linaje conocido. La aspiración a esa posición social estaba muy extendida en la España premoderna. Otorgaba seguridad. El hidalgo no podía ser encarcelado por deudas. Su casa, su caballo y su armamento eran inembargables. Por delitos criminales solo lo podía detener el alguacil mayor de la Audiencia y era llevado a una cárcel especial. Y quizás lo más importante, debido a la combativa fe cristiana: tenía un asiento reservado en las primeras filas de la iglesia.

El hotel ha estado lleno todo el mes. En agosto muchos españoles hacen vacaciones de senderismo en las montañas de Navarra. Llegan de todas partes. La pareja que estaba delante de mí en la recepción venía de Madrid. Por sus zapatos de excursión, sus pantalones especiales y sus parkas vistosas, se veía claramente en qué andaban.

Me asignaron una habitación amplia con vista a la pradera. Más allá está el bosque. Deshice mi maleta, dejé mis documentos de trabajo sobre el escritorio y abrí las ventanas. Hacía un leve viento fresco. Saludé a la naturaleza y me tendí en la cama a hacer hora antes de bajar a almorzar.

Vine a Navarra a inspirarme. A reunir material. A ver si la geografía y sus habitantes querrían entrar en mi texto de ficción. La palabra latina *textus* significa tela tejida. Leí en alguna parte que el primero que la utilizó en el campo del lenguaje fue Quintiliano. En sus clases de retórica aconsejaba a sus alumnos componer el discurso como un buen tejido en el que los hilos se ordenen en forma armónica y coherente para formar figuras agradables que aclaren, entretengan, evoquen, motiven o hagan soñar. Porque lo que cuenta y permanece, es lo bien dicho (o escrito).

Antes de sentarme en la terraza del comedor di un paseo por el edificio. Ha sido restaurado y remodelado con buen gusto, manteniendo la estructura antigua. Las ventanas pequeñas han sido reemplazadas por ventanales de pared a pared que dan a terrazas. Las vigas al descubierto del techo son centenarias. También el piso en el salón. Saqué algunas fotos y me senté al aire libre de cara al bosque, ahora interrogándolo, alentada por un vino de La Rioja con que acompañé mi comida. Después volví a mi habitación para diseñar mi plan de trabajo.

Mabel

Quiero presentar a mis prójimos a un hombre en toda la verdad de la naturaleza; aquel hombre seré yo.

Rousseau: *Confesiones*

Dicen de mí las malas lenguas que soy una mujer infame, que tengo orígenes oscuros, que soy una zamba cualquiera, una condenada mestiza o una mulata que empolva su rostro para disimular su negrura. Cuando era joven decían que mis vestidos eran indecentes porque mostraban los brazos y las pantorrillas.

¡Una vez un obispo me quiso echar de la iglesia!

Cada vez que me acuerdo me da risa. Risa en vez de rabia. Porque la rabia no forma parte de mi naturaleza. La expulso rápido.

Y ahora dicen que soy una vieja sediciosa, conspiradora y clarividente, que me junto con franceses a hablar de la Corona de España y que tengo aliados misteriosos que me mantienen informada de todo lo que ocurre en este reino.

A decir verdad, en todo tienen un poco de razón, aunque lo de empolvada para disimular mi negrura es hasta por ahí no más. No suelo usar polvos, ni ningún otro tipo de afeites para disimular nada. Carezco del talento del disimulo, tan arraigado en este reino.

Lo de los orígenes oscuros habría que precisarlo. Más que oscuros, son inciertos. No sé con seguridad quiénes fueron mis progenitores. Lo único que sé y viví en carne propia, es que no pertenezco ni a la categoría de los señores ni a la de los sirvientes. Soy un engendro intermedio. Toda mi vida he sido una patricia para los plebeyos y una plebeya para los patricios.

Lo de ser sediciosa lo vienen repitiendo desde fines de la década del sesenta de este siglo que se acaba. Un corregidor perverso vino una vez a mi rancho en busca de libros prohibidos y de paso clausuró mi escuela para mujeres y niñas arguyendo que yo no tenía permiso para enseñar. Eso no era cierto. No tanto. Mi segunda madrastra, Alaia Zozaya, pidió al rey Felipe V autorizar el funcionamiento de esa escuela en 1735. Pero el rey nunca nos respondió. En los treinta y seis años que existió la escuela, entre 1733 y 1769, año en que aquel corregidor perverso la cerró, no llegó respuesta alguna de España. Ni negativa ni afirmativa.

¿Qué otra cosa se podía esperar? Con la fundación de la Real Universidad de San Felipe ocurrió algo parecido. La Corona se demoró medio siglo en otorgar los permisos correspondientes. La petición fue cursada en 1713 por el alcalde de Santiago y oidor de la Real Audiencia Francisco Ruiz de Berecedo. Él mismo la redactó, argumentando con el derecho de los habitantes de este reino a recibir educación y explicando la desventaja que significaba no tener abogados que conocieran las leyes, ni médicos que cuidaran la salud de los habitantes. Antes de la fundación de la universidad, muchos letrados chilenos lo eran solo en el papel, porque compraban sus títulos en la Universidad de San Marcos de Lima. Berecedo adornó su petición con una cita de Hesíodo en *Los trabajos y los días*: *La educación ayuda a la persona a ser lo que es capaz de ser.*

La respuesta positiva de Felipe V llegó recién en 1738, cuando Berecedo estaba bajo tierra y su nieta, mi querida primera madrastra Eudoxia, había heredado parte de su biblioteca. Berecedo había traído de Lima más de dos mil libros. Tenía la biblioteca más completa de todo el Reino de Chile.

Pero Felipe V puso una serie de condiciones que hicieron que el proyecto de universidad no pudiera concretizarse de inmediato. Faltaban profesores que enseñaran las materias escolásticas —las únicas que está permitido enseñar— y un lugar donde construir el edificio. Las clases comenzaron recién en 1758. O sea que entre la petición de apoyo real para un proyecto tan ventajoso y su realización tuvo que pasar medio siglo.

Así son las cosas en este reino. A la Corona no le interesa tener súbditos letrados. Sobre nosotros pesa la *maldición ignara*. Tengo muchas cosas que contar.

Eso de que soy clarividente me lo dijo una machi en Tobalaba cuando yo tenía doce años. La capacidad de ver más allá de la cáscara del mundo la desarrollé en mis dos primeros años de vida y la fui afinando en el trayecto.

Mis recuerdos de esos primeros años son difusos. Gente extraña que no me quería en la Casa de Recogidas. Me veo sentada en una esquina sobre una manta de piel de cordero mirando sin entender y llorando sin saber por qué, implorando una sonrisa y recibiendo a cambio coscachos. Hasta que aprendí a quedarme callada y observar sin esperar nada. Fue como una orden que me llegó de no sé dónde en el prólogo de mi vida. Aprendí a hacer como si no existiera. Me transformé en miradas; solo sonreía cuando descubría cierta disposición positiva en el alma de las beatas que me

cuidaban. Desde temprano desarrollé una capacidad especial para captar las texturas de las almas que pululaban a mi alrededor. Descubrí que hay almas opacas, almas brillantes y toda una gama de posibilidades, como en el arcoíris. También hay variaciones en cuanto a la fortaleza. Hay almas fuertes que siguen actuando después de que sus portadores han partido de este mundo. Las almas débiles ni estando en vida son capaces de influir sobre nada. Su paso por la vida es en balde.

Cuando vi a Eudoxia supe de inmediato que era un alma brillante y fuerte que me sacaría de allí. A pesar de que solo tenía dos años, creo recordar aquel momento. Ella me contaría después que fue a conocer la Casa de Recogidas por curiosidad, pero al verme sentada en una esquina mi sonrisa le pareció especial, llena de entusiasmo. Una expresión rara en una niña de dos años. Siguiendo un impulso, me tomó en brazos y no quiso deshacerse más de mí. Imposible dejarme en esa inmundicia y ese griterío. Como si hubiese recibido una orden:

¡Llévatela y cuidala!

Me sacó de la Casa de Recogidas el 22 de agosto de 1720 y me bautizó con el nombre de Mabel Berecedo. Mabel porque suena como *ma belle*, “mi bella” en francés. Eudoxia aprendió sola esa lengua. Según decía, no le costó mucho porque sabía latín. Su abuelo Francisco Ruiz de Berecedo le había enseñado.

Eudoxia era la mujer más culta de su generación en todo el reino. Algunos se daban cuenta. Cuando andaba con ella por las calles, notaba el respeto que despertaba entre los santiaguinos, sin distinción de rango.

Es costumbre de las familias de fortuna del Reino de Chile criar niños de las castas o población no española. De

esta manera se hacen de *criados* o gente para los mandados. Pero a mí Eudoxia me dio otro trato. Me enseñó a leer. Se propuso despertar en mí el gusto por la lectura, tal como su abuelo lo había despertado en ella.

Aclaro que Eudoxia solo heredó una tercera parte de la biblioteca de su abuelo. De los dos mil y tantos volúmenes que él trajo de Lima, ella solo heredó poco más de trescientos, entre ellos obras del Siglo de Oro español, clásicos grecolatinos, libros de Sor Juana Inés de la Cruz, una *Histórica relación del Reyno de Chile* de Alonso de Ovalle... En su corta vida ella alcanzó a agregar más ejemplares. Le compró unos setenta libros en francés a Juana de Urdenagui, la viuda del gobernador Tomás Marín de Poveda. Y encargó muchos libros al mercader Miguel Vicuña. Yo misma la acompañé varias veces a la tienda de este comerciante navarro ubicada en los portales frente a la Plaza de Armas. Junto a la entrada había una calavera que lucía una peluca blanca y larga, con muchos rulos, a la última moda de París.

El resto de los libros de Ruiz de Bercedo los heredó otro nieto suyo, Manuel de Alday, que cinco décadas después llegaría a ser obispo de Santiago. El mismo que una vez trató de echarme de la iglesia. Tantas cosas que tengo que contar. Él heredó los tratados de Teología, de Leyes, de Astronomía, de Matemáticas y Geometría, así como historias diversas de los santos. Alday tuvo hasta su muerte en 1788 una de las colecciones más completas de esta ciudad. Solo los jesuitas tenían más libros que él.

Sobre la acusación de que tengo aliados misteriosos que me mantienen informada de todo lo que ocurre en este reino, solo puedo decir que me da risa. Suena tan misterioso. De tener aliados, estos serían los autores de mis libros. Gracias a ellos puedo ver más allá. Soy una enana que va por el mundo

montada en los hombros de gigantes. Si puedo llegar lejos con mi vista es porque ellos me levantan. Y como muchos de estos libros están en el *Index librorum prohibitorum* de la Inquisición, los guardo aquí en La Chimba, en mi casita de madera, camuflados bajo otros empastes.

Serena

Aranaz o Arantza —en euskera— queda a cinco minutos en vehículo del Palacio de Yrisarri. Serán unos diez kilómetros. Antes de entrar al pueblo le saqué una foto al letrero que lo anuncia. Aranaz tiene mucho potencial literario. De aquí emigraron al Reino de Chile durante la primera mitad del siglo XVIII un par de navarros que fundaron dinastías de poder.

Dinastías que han movido los hilos de la economía, la política y la cultura chilenas desde el último siglo colonial hasta hoy. ¿Cómo se explica que aún persistan en la sociedad chilena linajes basados en privilegios otorgados por la Corona de España hace tres siglos? Vine a Aranaz a averiguarlo.

Estacioné en el centro de la villa, frente a la casa consistorial, poniendo mucha atención a todo. Me encontraba en un pueblo de origen medieval. La villa fue mencionada por primera vez en un documento del año 1280. Aranaz significa “valle de ciruelos”. Caminando por sus calles torcidas sentía que el espacio se me abría como saludándome. El trazado desigual de las calles y la estrechez de algunas de ellas sugiere espontaneidad; el desarrollo orgánico de un pueblo en el espacio de muchos siglos. Las casas de piedras blanqueadas parecen pequeñas fortalezas. Todas similares en su patrón de construcción. Son de tres pisos con ventanas minúsculas y rejas de hierro forjado: pequeños castillos en

medio de las colinas cantábricas. Saqué fotos con el propósito de imprimirlas y fijarlas en la pared de mi escritorio cuando regrese a Berlín. Pienso pegar fotos de Navarra y planos de Santiago del Nuevo Extremo para inspirarme.

Un hombre sesentón que estacionó su auto rojo, pequeño y viejo cerca del lugar en que me encontraba comentó que la casa que yo fotografiaba era la *Errontenea*. Antiguamente fue un molino. Agradecí la información y le pregunté si había oído hablar de la familia Larraín. Me dijo que de la familia no, pero sí de la *Larrainea* o casa Larraín.

—¿Dónde está?

Notó mi entusiasmo.

—Frente a la iglesia. Venga, la llevo.

Es de tres pisos y una de las más grandes del pueblo. En el antejardín, detrás de unas rejas negras de hierro forjado, hay dos torres cilíndricas medievales, como las del ajedrez. Pero estas miden unos dos metros de diámetro y cuatro de altura. Entre ellas debe haber cinco metros de distancia. Pregunté a mi guía improvisado de qué siglo eran y me dijo que no sabía. Como vi ropa tendida en uno de los balcones, toqué el timbre. Después de unos minutos sonó el ruido del control remoto que abrió la reja. Una mujer de unos cuarenta años salió al antejardín. Le conté que estaba haciendo una investigación para un proyecto literario.

—Si quiere saber algo sobre las torres, le cuento que no tengo idea. Ya estaban aquí cuando me mudé.

Me sacó una sonrisa. Tenía cara de persona amable.

—¿Y sabe algo de la familia Larraín?

—No. Solo sé que hay un blasón familiar.

—¿Dónde?

La mujer indicó con el dedo una parte en que la calle se curva frente a la casa. En ese momento una adolescente se asomó al balcón a decirle que la llamaban por teléfono.

—Un minuto, ya vuelvo —me pidió.

Es un blasón pequeño esculpido sobre lo que fue la puerta principal de la casa. Logré distinguir dos águilas con las alas abiertas puestas una sobre la otra. El águila es una imagen recurrente en los blasones. Por ser el señor de los cielos, es símbolo de majestuosidad e inspiración espiritual. En la Edad Media se asociaba a la ascensión de Cristo y la victoria del bien sobre el mal.

—¿Quiere que le tome una fotografía con el blasón al fondo? —ofreció mi guía.

Yo asentí y me paré junto a la reja. Sonreí. Le pedí que hiciera varias, por si acaso. En eso se nos sumó la mujer. Me contó que se había mudado allí hacía dos años y no ocupaba toda la casa, solo el tercer piso. En la parte de abajo vivía otra familia, que en ese momento estaba de vacaciones en Francia. Dijo que ellos podrían darme más información sobre la historia de la *Larrainea*.

—Así que no conoce a ningún Larraín —insistí.

Ella negó con la cabeza.

—¿Y a algún Errázuriz? Ellos también eran de Aranaz.

—No, tampoco.

—¿Y a algún Vicuña?

Puso cara de asombro y respondió:

—Ni idea.

Luego volvió a entrar y me deseó suerte en la investigación.

—¿Quiere conocer la iglesia? —preguntó mi guía—. Está cerrada, pero podemos preguntarle al párroco si se la muestra. Sígame.

Yo encantada.

La casa del cura quedaba a pocos metros. Tocamos el timbre y abrió una mujer. Por la puerta entreabierta vi que la mesa estaba puesta. Desde la cocina salía olor a pescado frito. ¿Salmón del río Bidasoa?

Me informó que el cura andaba en Lesaca, un pueblo cercano, haciendo misa. Llegaría en una hora. Me ofreció esperarlo, pero le dije que no hacía falta.

—Puedo volver otro día. Voy a quedarme un mes por aquí.

Agradecí a mi guía y regresé al Palacio de Yrisarri a comenzar estas notas. Después bajé a la terraza a leer, esperando que los cabos comenzaran a atarse solos en mi mente. Tenía grandes expectativas de mi reunión con la alcaldesa de Aranaz al día siguiente. Le había escrito un email desde Berlín.